



§ II [I]

*Soberana excelencia del Corazon Sagrado de Jesus,
objeto dulcísimo de este culto.*

DECLARADO brevemente el origen, progreso y esencia de este culto, conviene demostrar ahora su excelencia; la cual se conocerá, lo primero, por su objeto: lo segundo, por el fin á que se ordena: lo tercero, por los ejercicios que en él se practican: lo cuarto, por las utilidades que de él se siguen. Por todas estas consideraciones ó respectos se mide la mayor ó menor excelencia de cualquiera sagrado culto: por ellas descubriremos la de éste del Corazon deifico de Jesus; no dudando afirmar, que entre todos los cultos que solemniza la Santa Iglesia, no se hallará alguno más excelente, más sublime, más santo ni más útil. Empecemos por el primer respecto del objeto que se propone.

El objeto, pues, que se propone en este culto

[x] Capítulo IV en el ej. post.
TESORO ESCONDIDO

á la veneracion de los fieles, es el divinísimo, santísimo y amabilísimo Corazon de Jesus, no considerado como una cosa inánime, destituida de vida y de sentido, y de todo aquello con que tiene indisoluble union; sino ántes bien, como un corazon que vive, que siente, que ama; adornado de todas aquellas perfecciones con que se halla en la sacratísima Humanidad de Cristo; junto con las demas partes de su cuerpo sacrosanto (aunque como la más noble y principal entre todas); vestido de todas las virtudes, dones y gracias celestiales que le hermosean; informado de su alma santísima, y unido con la persona del Verbo, con quienes compone un solo adecuado objeto de este culto: al modo que en la fiesta del *Corpus* el objeto á quien propia y directamente se enderezan todos los sagrados solemnes cultos de este día, es la misma carne y sangre del santísimo cuerpo del Señor (1), (lo que acaso muchos no habrán advertido); sin que por eso dejen de mirar al mismo tiempo, aunque indirectamente, y, como hablan los teólogos, por concomitancia solamente, al alma, á la Divinidad y persona de Cristo, con quienes hace un solo objeto de esta solemne fiesta.

Este es el sagrado objeto del suavísimo culto

(1) P. Burdalúe, *Serm. in Solemnit. Corp. Christi.*

del Corazon: es á saber, el mismo deífico Corazon de Jesus, tomado en el sentido que acabamos de explicar; cuya admirable excelencia se conocerá considerándole, ó en sí mismo, ó en cuanto dice relacion á los hombres. Considerado en sí mismo, participa por una parte todas las excelencias que la Sagrada Escritura, la Santa Iglesia y los Santos Padres dan á la carne purísima y santísima de Cristo, quien las cifró en aquellas palabras: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam* (1): *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna.* Por otra parte, tiene este Sagrado Corazon, así en el sér físico como en el moral, muchas particularidades, que, no conviniendo á otras partes del cuerpo sacrosanto de Jesus, elevan su excelencia sobre todas ellas; y le hacen, no solamente dignísimo de aquella veneracion y culto que se debe á las demás (por la union hipostática que tiene igualmente que ellas, con el Verbo), sino acreedor tambien entre todas á otro más especial sagrado culto, por la especialidad de sus excelencias y singulares prerogativas.

La primera es, ser el corazon la parte más noble y principal en el cuerpo humano; y no

(1) *Joan. vi, 55.*

habiendo entre todas las cosas corpóreas alguna más divina y excelente que el cuerpo sacratísimo de Cristo Jesus, del cual es la parte más noble y principal su Corazon, consta lo que se debe juzgar de su excelencia. La segunda es, ser el corazon humano principio de la vida natural del hombre; y siendo la de Jesus de un precio inestimable, infinito é incomprendible, es consiguiente que el Corazon, principio de la vida de este Hombre-Dios, sea tambien de un precio excesivo, admirable é infinito. La tercera es, ser el corazon la fuente de donde mana, y la oficina donde se forma y perfecciona la sangre; con que siendo, como es, la de Cristo Jesus de tan infinito valor, que la mínima gota bastaba á redimirnos, bien se deja entender de cuánta excelencia sea, y cuán infinitamente digno de la veneracion de todos sus redimidos aquel Corazon santísimo, sagrada oficina y celestial fuente de esta sangre divinísima, precio de nuestra redencion. La cuarta particularidad ó prerogativa se saca de la union estrechísima que este deífico Corazon de Jesus tuvo con su alma santísima: y la mayor especialidad de esta excelentísima union consiste en que refunda en el Corazon Sagrado casi igual dignidad y excelencia á la que goza el alma divinísima; por ser el órgano é instrumento nobilísimo de

todas sus afecciones. Pues, habiéndose de medir la excelencia del Corazon por la del alma, ¿cuán grande y prodigiosa debe estimarse?

La quinta, de la hipostática y sustancial union con la persona del Verbo Divino; la cual diviniza ó deifica al sacrosanto Corazon, de suerte, que el Corazon de Jesus se llame con toda propiedad *Corazon de Dios*. Esta union fué la que daba infinito valor á las afecciones, conmociones y palpitations de aquel amantísimo Corazon: y, si el hierro vil de una lanza, por sólo haber herido el Corazon deificado de Jesus, se hizo digno de la veneracion de los ángeles, de los hombres y de la Iglesia misma (la cual, en atencion á este contacto felicísimo, la ha instituido fiesta particular y oficio propio con que públicamente la solemnice la devocion amante de los fieles); ¿qué honor, qué culto y reverencia no se deberá al mismo Corazon, cuyo contacto sólo pudo dar á un hierro vil tanta excelencia?

La sexta, del fin para que formó y destinó á este Corazon divinísimo la Beatísima Trinidad. Destinóle para volcan divino ó sagrada esfera del amor de Dios, en cuyas inextinguibles é infinitas llamas habia de vivir abrasado desde el instante primero de su formacion hasta la interminable eternidad. Quien con luz del cielo conociere algo del infinito amor de Jesus á su

Eterno Padre, podrá medir y estimar por este conocimiento la excelencia de su Corazon Sagrado, que continuamente forma y padece los incendios de tal amor.

La séptima excelencia de este dulcísimo Corazon, se toma de la santidad indecible que participa de la santidad del Verbo. Y aunque esta santidad sea comun á todas las partes del sacrosanto cuerpo del Salvador, por ser comun la union que tienen todas con su alma santísima y con la Divinidad, todavía tiene el Corazon de especial el ser cooperador, en cierto modo, y propio asiento de todas las afecciones santas en que se ostenta esta santidad; y ser tambien sagrado trono ó domicilio en que se reciben y contienen los dones más excelentes del Espíritu Santo, en orden á los efectos sensibles que producen. Vemos que en el corazon de los Santos se destila é infunde la dulzura y suavidad celestial: en él se sienten los dolores y angustias que Dios envía: del corazon salen los suspiros ardientes: en el corazon se forman los deliquios del divino amor. Si el alma se enciende en algun extraordinario ardor sagrado, al punto se siente abrasar el corazon en sus celestiales llamas: si se halla penetrada de algun dolor vehemente, al instante se ve herido y traspasado el corazon del dolor mismo. En fin, de cuales-

quiera afecciones, delicias, angustias ó penas interiores de que se halla conmovida el alma, se siente luégo conmovido el corazon. El es el asiento, el trono, el templo sensible del Espíritu Santo en el cuerpo humano. De todo lo cual son irrefragables testigos los corazones de San Francisco Javier, San Felipe Neri, San Pedro de Alcántara, San Estanislao de Kostka, Santa Gertrudis, Santa Clara de Monte Falco, Santa Teresa de Jesus, Santa Magdalena de Pazzis y otros Santos. Pues, hallándose en la Humanidad santísima de Cristo estos dones y gracias admirables en grado tan superior y excelente, que juntos en uno todos los que admiramos en los corazones de los Santos, son nada en su comparacion, ¿qué debemos sentir de la excelencia y riquezas inmensas de santidad del Sagrado Corazon de Cristo Jesus, depósito celestial de estos tesoros?

La octava, del ser este divinísimo Corazon, principio y domicilio propio de las excelentísimas virtudes de Jesus. La misma luz natural y las Sagradas Letras en repetidos testimonios nos enseñan, que todas las virtudes que convienen al alma, comunmente se atribuyen al corazon: de suerte que con la misma propiedad que en el alma se hallan la paciencia, la mansedumbre, la humildad, etc., se puede decir que el co-

azon es paciente, manso, humilde, etc.: y como la excelencia de las almas se mide por la de sus virtudes, así también la excelencia de los corazones. Y de aquí nace que los corazones de los grandes héroes en sabiduría, valor, y principalmente en santidad, se estimen y veneren como alhajas las más ricas y reliquias las más preciosas que nos dejó su muerte. Pues ¿quién podrá medir ni comprender la excelencia del Corazon santísimo de Jesus, fuente de todas sus virtudes, siendo éstas del todo incomprensibles?

La última particular excelencia de este soberano Corazon se toma, finalmente, de ser la cosa criada que más ha contribuido, contribuye y contribuirá eternamente á la mayor gloria de Dios. Porque de esta divina fuente dimanán, como se ha dicho, todas las santísimas afecciones de un Dios-Hombre, con las cuales es infinitamente ensalzada la divina gloria. Y, siendo tanto más agradable á Dios (y, por consiguiente, más digna del amor y veneracion de los hombres), cualquiera cosa, cuanto más contribuye á su gloria, síguese que al Corazon sacrosanto de Jesus se le debe un amor, una veneracion y culto el más singular, sin duda, y aún el sumo entre las demas cosas criadas.

Estas son las principales prerogativas en que más gloriosamente campea y sobresale la sobe-

rana excelencia del deífico Corazon de Jesus considerado en sí mismo; las cuales, si se pesaren con la debida reflexion, darán á conocer bien claramente ser el objeto de este piadosísimo culto la cosa criada más excelente y digna de religiosa veneracion que puede ofrecer á los fieles la Santa Iglesia: cuya verdad se ilustrará más, si consideramos este divino Corazon en cuanto dice relacion á los hombres.

Porque, ¿qué cosa puede presentárenos más digna de nuestra devocion amante que el Corazon amantísimo de Jesus? ¿Qué cosa más dulce, más tierna y más amable? En este sacratísimo Corazon están escritos, digámoslo así, ó impresos los infinitos beneficios que Jesus ha hecho á los hombres. Allí se miran sagradamente esculpidos los inmensos trabajos, dolores y penas que padeció por todo el género humano. Miremos compasivos el Corazon Sagrado de Jesus oprimido por amor de los hombres con tantos y tan acerbos dolores, que puede asegurarse con toda verdad que sólo él padeció por nuestro amor más que todos los otros miembros juntos de su sacrosanto cuerpo. Es indubitable que la Pasion de Jesus en lo interior fué más penosa incomparablemente que en lo exterior; como también es cierto, que toda la pena interior fué en el Sagrado Corazon, al cual, como á su cen-

tro, concurrieron todos los dolores de su alma santísima. Y así, la tristeza bastante, como él dijo (1), para causarle la muerte, el desamparo del Eterno Padre, el dolor de nuestros pecados, el temor, tedio, pavor, sudor de sangre, cuanto acerbo, cuanto amargo, cuanto cruel, cuanto terrible padeció Jesus en el Huerto, en el discurso de su Pasion, y en la cruz, todo fué cáliz amargo de su amantísimo Corazon principalmente: todo aquel piélago inmenso de dolores, todo se juntó en su afligidísimo Corazon.

Miremos con atenta y piadosa reflexion á este deífico Corazon, por una parte conmovido y afligido vehementemente por nuestras miserias, condolido y atribulado amargamente por nuestros pecados; y por otra, ardiendo en vivas llamas de nuestro amor, abrasado en sus incendios desde el primer instante en que empezó á vivir. Contemplemos á este Corazon en quien estuvieron de asiento los medios y consejos todos que tomó Jesus, dulcísimo Salvador de las almas, para nuestra felicidad eterna; del cual, como de sagrada fuente, manaron los bienes que al presente goza el linaje humano y todos los que ha de gozar por una eternidad interminable y eternamente feliz. Consideren esto los

(1) *Marc. xiv, 34.*

fieles, y no habrá corazon tan de hielo ó de diamante que no se ablande y encienda en el amor, veneracion y culto del Corazon amabilísimo de Jesus.

Resta otra consideracion que descubre un nuevo motivo de nuestro amor al dulcísimo Corazon: y consiste en ser éste, para decirlo así, el tálamo dichoso en que fué concebida y formada la Santa Iglesia; en ser la saludable fuente de que manaron los siete sacramentos; y en convenirle cuantas prerogativas y misterios veneran los Santos Padres en la herida del costado. Porque el duro hierro de la lanza que abrió el costado derecho de Jesus, atravesando el sagrado pecho, penetró hasta herir su amante Corazon: atestiguando esta verdad muchos Santos Padres, Doctores, teólogos, é intérpretes, muchas revelaciones de Santos canonizados, y confirmandola la misma Santa Iglesia cuando dice:

*In Corde Christi mergitur
Mucro leone ævior:
De forti fons exoritur,
Cibusque melle dulcior (1),*

De aquí nace, para incentivo de nuestro

(1) *In Offic. Lanc. et Clav.*

amor, una reflexion propia de las almas que aspiran á una elevada perfeccion; y es, que en el Corazon de Jesus, abierto con el cruel hierro de la lanza, hallan un segurísimo y soberano asilo las almas puras y verdaderamente amantes: pues á ese fin fué herido, como lo reveló María Santísima á su devotísima hija, la V. Madre María de Agreda, ilustre honor de nuestra España, exhortándola á refugiarse á este celestial sagrario, con las palabras siguientes: *Mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo á los hombres, sobre las llagas de los Piés y Manos, quiso admitir la del Costado sobre el Corazon, que es el asiento del amor; para que por aquella puerta entrasen como á gustarle y participarle en la misma fuente, y allí tuviesen las almas su refugio y su consuelo. Este sólo quiero yo que busques en el tiempo de tu destierro, y que le tengas por habitacion segura sobre la tierra: allí aprenderás las leyes y condiciones del amor* (1). Y el mismo Jesus nos convida á buscar el más suave refrigerio de nuestros afanes y fatigas con aquellas dulces palabras: *Venid á mí todos los que trabajais y estais cansados, que yo os recrearé* (2). Nos exhorta tambien á cursar afectuosos la sagrada escuela

(1) Parte II, lib. vi, cap. xxiv, núm. 1451.

(2) *Matth.* xi, 28.

de su amante Corazon, en que dicta como maestro divino lecciones de la más alta perfeccion y sabiduría, diciéndonos: *Y aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazon* (1). Y concluye, finalmente, asegurándonos que en él *encontraremos el más feliz descanso para nuestras almas.*

Cuán frecuente y familiar fuese á los Santos más enamorados de Jesus el acogerse al celestial retiro de su sacrosanto Corazon, constara con sólo leer las vidas ó escritos de algunos de ellos. El dulcísimo P. San Bernardo explica sus piadosos afectos al Corazon de Jesus en esta forma. «Porque hemos llegado al dulcísimo Corazon de Jesus, y es bueno permanecer aquí, no dejemos que cosa alguna nos aparte de este divino Corazon. ¡Oh qué bueno y agradable es habitar en este Corazon!... ¿Quién no amará este Corazon tan herido? ¿Quién no corresponderá amante á quien tan finamente le ama?» (2).

El Seráfico Doctor San Buenaventura, abrasado en amor á las sacratísimas Llagas de Jesucristo, dice así entre mil otros afectos: «¿De cuánta dulzura piensas que goza el alma que entra por el Costado abierto de Jesus hasta juntarse con su divino Corazon? Ciertamente

(1) *Matth.* xi, 29.

(2) *Tract. de Pass.* cap. III.

no puedo declararlo; pero procura experimentarlo... ¡Oh bienaventurada lanza y bienaventurados clavos que merecieron hacer tales heridas! ¡Oh, si yo hubiera sido aquella lanza! no hubiera querido salir del Costado de Jesús, y diría: *Este es mi descanso en los siglos de los siglos: aquí habitaré, porque elegí esta morada*» (1).

El doctísimo y piadosísimo P. Francisco Suarez, de la Compañía de Jesús, dice así: «Quiso Cristo ser herido en aquella parte de su cuerpo de donde manifestase su Corazón á los hombres, para que entendiesen que tenían abierta la puerta por donde pudiesen entrar al Corazón de Cristo y descansar en él» (2).

Pero quien gustó con regaladísima suavidad las delicias de este amabilísimo Corazón, fueron algunas de las Esposas más queridas de Jesús. Entre otras Santa Gertrudis (á quien favoreció singularmente su celestial Esposo, descubriéndola las riquezas de este sagrado tesoro), como embriagada del amor del divino Corazón, dice así: «Después, Jesús mío, de tan inexplicables beneficios como de vuestra bondad he recibido, añadiste la inestimable familiaridad de tu amistad divina, dándome de mil modos aquella

(1) *Stim. div. amor.* cap. 1.

(2) *In 3 part. T. 2. Disput. 41. Sect. 1.*

arca nobilísima de la Divinidad; esto es, vuestro Corazón deífico, compendio de todas mis delicias: unas veces me dais graciosamente vuestro divino Corazón; otras, para mayor indicio de familiaridad mútua, trocáis vuestro Corazón con el mío» (1).

En las revelaciones de Santa Matilde se leen estas expresiones del Corazón de Jesús: «Respondíame el Señor (dice la Santa): *Te doy mi Corazón en prendas: te doy mi Corazón para casa de refugio.* Este era uno de los principales dones de Dios. Empezó á aficionarse con maravillosa devoción al Corazón divino de Jesús, y casi siempre que Cristo se le aparecía, recibía algún don especial de su Corazón» (2). Estas son, entre muchas otras que omitimos, las devotísimas expresiones en que explican los Santos su encendido amor, su ternura afectuosa y su veneración reverente al dulcísimo Corazón de nuestro buen Jesús: y todas son nuevos títulos que nos recomiendan grandemente su sagrado culto.

De cuanto dejamos dicho en este párrafo [3], se puede ya formar algún concepto de la soberana excelencia del Corazón divinísimo de Jesús.

(1) *Insin. div. piet.*, lib. II, cap. XVIII.

(2) *Lib. I. Revel.*, cap. XXVIII.

[3] *En el ej. post. dice capítulo.*

Mídase ahora por ésta la que participa de tan divino objeto el culto que vamos explicando. Cótéjese éste con todos los otros solemnes cultos que hermosean á la Santa Iglesia, y no se hallará otro alguno más excelente, más noble ni más sublime; pues ningun otro tiene objeto más soberano de quien participar sus excelencias; como ni tampoco más tierno, más dulce, ni más poderoso para arrebatar suavemente los corazones de los fieles. Porque ¿qué atractivo más eficaz que el Corazon amabilísimo de Jesus? Sola su vista, el nombre sólo de este amante Corazon, basta á encender, á derretir, á enternecer toda el alma sin otra retórica ó persuasiva de voces.

Porque ciertamente, al considerar qué es lo que hace en nosotros la misma naturaleza; qué afectos, qué sentimientos nos inspira para con los corazones de aquéllos á quienes nos confiesa estrechamente obligados el amor, el agradecimiento ó la veneracion; al considerar qué siente ó experimenta en sí una regalada esposa á vista del corazon que la dejó en prendas de su amor su querido esposo; al considerar qué siente un fiel vasallo ó un privado agradecido á la presencia del corazon de su rey que en su muerte le dejó su dignacion en testimonio de su real benevolencia; al considerar qué siente la piedad

cristiana, á qué afectos de veneracion tan especiales no se mueve para con los corazones de algunos Santos que adora en sus iglesias como reliquias las más insignes; y (para hacer más patente esta verdad con el ejemplo que tiene á los ojos nuestra España), al considerar que el corazon seráfico de Santa Teresa, por haber sido esfera de aquel incendio de amor, á quien el dardo de un serafin amante dió respiracion en una herida (cuyas cicatrices conserva hasta hoy incorrupto); al considerar, digo, que este abrasado corazon es iman de los afectos, objeto de las veneraciones y delicias de la devocion más tierna de los pechos españoles, (cuya piedad se gloria de verse confirmada con la aprobacion de la misma Santa Iglesia en la fiesta de la *Transverberacion* de este corazon seráfico, instituida por la santidad de Benedicto XIII, y nuevamente extendida á todos los reinos de España por N. SS. P. Clemente XII) (1): al considerar todo esto, confieso ciertamente temiera agraviar á la razon y á la piedad de los fieles, si juzgase necesario valerme de palabras y razones para persuadirles el amor, el culto, la veneracion que se debe á este amante y divino Corazon de Jesus, nuestro esposo, nuestro

(1) *Ex decret. dat. 11 decemb. 1733.*

rey, nuestro Salvador: porque, ¡oh Dios! ¿cuánto va de Corazon á corazones?

Piense bien cualquiera que esto leyere, y considere atentamente cuánta sea la diferencia, cuánto el exceso, cuántas las ventajas que hace el Corazon de Jesus á todos los demas corazones; que, áun cuando fuesen tan santos, no sólo como el de una Santa Teresa, humano serafín, pero áun cuando llegasen á igualar al Corazon purísimo, santísimo y perfectísimo de María Santísima, cuya santidad prodigiosa la pierde de vista el entendimiento del querubin más supremo: áun entónces quedarían infinitamente inferiores, por ser corazones de puras criaturas; y el de Jesus, Corazon de un Dios-Hombre. ¡Piense, pues, vuelvo á decir, y consúltese á sí mismo, qué honor, qué reverencia, qué culto se deba á tan divino Corazon! Contemple bien qué haría el pueblo cristiano si mereciese la dicha incomparable de tener en su poder á este sacrosanto Corazon, digno por tantos títulos de nuestro amor y veneracion.

Imagine ó haga cuenta que en una iglesia de la Cristiandad se guardase entre sus más preciosas reliquias el Corazon divinísimo de Jesus. ¡Oh Dios, cuánto se apreciaría este celestial tesoro! ¡Cuán rico, cuán dichoso, cuán afortunado se estimaría aquel sagrado templo! ¡Qué hono-

res, qué obsequios, qué respetos no se le rendirian? ¡Con qué pompa, con qué alegría, con qué júbilo no se celebraría la fiesta del Corazon sacrosanto? ¿Cuál sería el concurso de todas las naciones? ¿Cuál el ánsia de los peregrinos? ¿Cuánta la solicitud de buscar, cuánto el deseo de ver, cuánto el empeño de adorar, cuánto el ardor de besar tan soberana reliquia! Pues, pregúntese ahora cada uno á sí mismo: si esto se haría y se debería hacer con el Corazon de Jesus, muerto, sin sentido, separado del alma y demas partes de su cuerpo santísimo; ¿qué culto, qué amor, qué veneracion no se deberá á ese mismo Corazon, vivo, animado, unido con todo el cuerpo sacrosanto, ardiendo en vivas llamas de amor, y respirando en cada palpitation un incendio de tan sagrado fuego; presente, en fin, no sólo en una iglesia, sino en tantas cuántas son en las que venera á su Dios Sacramentado el Cristianismo? ¡Oh Corazon divinísimo, excelentísimo, amabilísimo sobre todos los corazones de los hombres! Enviad Vos á sus entendimientos un rayo de celestial luz con que penetren bien estas verdades: no será menester más persuasiva para que os amen, y consigais el fin que pretendéis en este culto.

~*~*~